

EDITORIAL

La hora del realismo

El Presidente Sanguinetti y su partido deben actuar sin demora, a fin de evitar un fracaso de consecuencias incalculables para el país como un todo, al menos para el país al que nos apegamos quienes amamos la libertad y el estado de derecho.

En efecto, el gobierno está ante una encrucijada. Aparentemente, en su segundo año tendna expedita la misma senda por la que transitó en 1985. Es un camino que puede lucir relativamente fácil y prometedor de un moderado progreso, como el que con buena voluntad puede concluirse que 1985 aportó. Sin embargo, nosotros creemos que es una ruta falsa, que conduce a una situación crítica.

El éxito del gobierno en evitar la grave aceleración de la inflación, que diversos observadores previeron para 1985 —entre ellos el presente articulista—, dependió crucialmente de su capacidad para financiar el déficit fiscal y parafiscal de gran envergadura que padeció (y aún padece) con la colocación de deuda pública. No se trata de un método sostenible, capaz de proyectarse hacia el futuro por un lapso considerable, ya que cada dólar adicional de letras o bonos que se coloca agrava el déficit, y obliga por tanto a una mayor emisión de deuda en el periodo subsiguiente, con una dinámica obviamente explosiva.

Es un método, por otra parte, cuya viabilidad reposa sobre la confianza del público en la capacidad de las autoridades para cumplir el servicio de la deuda. Es una capacidad que el gobierno todavía conserva intacta en la fase inicial de 1986, como lo demostró la reanudación de la venta de letras en un mercado que mostró por ellas verdadera avidez. Pero si hay algo cierto en este mundo es que esa confianza tiene raíces cortas, que el mercado va a seguir de cerca las cuentas fiscales, y que apenas éstas dejen de cerrar claramente, la fuente de fondos maravillosa, que ha permitido hasta ahora obviar la potencialidad inflacionaria de un serio desbalance fiscal, va a secarse sin transición.

Y ello significaría un dramático empeoramiento de la inflación no solo porque obligaría a imprimir dinero para cubrir el gasto excedente, sino porque el flujo de cambio extranjero asociado a las finanzas públicas cambiaría de signo, y con ello la tranquilidad de que ha gozado el mercado cambiario podría trocarse en súbita turbulencia.

Es innecesario enfatizar las consecuencias desastrosas que tendría ese giro de los acontecimientos en el segundo año del gobierno. En el primero, una inflación acelerada podría haber sido superable, máximo que el déficit propulsor era heredado del régimen de facto. En

1986, semejante involución traería aparejada para el gobierno del Dr. Sanguinetti una pérdida de credibilidad casi seguramente insubsanable.

Por suerte hay otro camino más promisorio, lo que configura la encrucijada de que hablábamos al comenzar. Luce un camino escarpado, por oposición a la suave pendiente que ofrece el recorrido hasta ahora, pero se trata solo de falsas apariencias. No en cuanto a que el camino por el que hay que escalar sea fácil, sino en tanto es el único practicable.

Ese camino tiene un nombre: es la ruta del realismo. La otra es la senda de la retórica y la ficción. Importa que el gobierno tome por aquella y avance por ella con firmeza. No importa menos que se le vea claramente hacerlo, que a la opinión pública no le queden dudas de que ha habido un cambio de dirección. No es cuestión de viajar de noche y camuflar la caravana: hay que marchar a plena luz y al son de tambores y trompetas.

Permitásenos intercalar un ejemplo. El gobierno consiguió detener en el Parlamento un proyecto descabellado, que incorporaba a ARINSA a ANCAP, supuestamente con el cometido de produciralconafta. Como las presiones políticas en pro de esa crasa insensatez eran fuertes, incluso dentro del Partido Colorado, uno podría congratularse de ello, e inferir que la ruta del realismo es la que al fin de cuentas va a emprenderse. Sin embargo, los portavoces del gobierno en el Parlamento adujeron que la oportunidad para intentar la resurrección de ARINSA sería cuando el gobierno más adelante en este mismo año prepare un plan de reactivación económica, y esa declaración, que nosotros confiamos no se confirme, es de todos modos lamentable en sí misma, porque el país podría recuperarse económicamente con ARINSA haciendoalconafta dentro de ANCAP, por más que con mayor dificultad que antes, pero lo que no podría hacer, ni creemos que haga, es recuperarse económicamente mientras los potenciales inversores privados crean que el Uruguay va a intensificar su déficit fiscal o distorsionar más aún el precio de sus combustibles para hacer además politiquera.

Similarmente, el Uruguay podría recuperar su economía aunque PLUNA siga volando a Europa, y aún si valora los EE.UU. pero nosotros apostaríamos a que no lo hara mientras los agentes privados vean que el dinero que ellos pagan por impuestos se malgasta luego en proyectos que aspiran a promover el prestigio del país, y que de hecho sólo consiguen recalcar los rasgos menos favorables de su imagen, los que la muestran afectada por frivolidad y tontería.

Y también es concebible que la economía uruguaya

podiera retomar la dirección ascendente aunque se siga hablando de una reestructuración de AFE, sin hacer nada, y aún hasta si se llamara a otra consultora más —¿la cuarta? ¿la quinta?— para que nos diga otra vez lo que ya sabemos, pero ¡qué cambio habría si los observadores pudieran decir "algo está pasando en Uruguay, han roto el tabú de los ferrocarriles"!

Y así sucesivamente. Lo importante, lo decisivo, es el efecto demostración de cada medida. Porque el bien que cada paso que el gobierno dé en la dirección del realismo y la sensatez será importante, pero mucho más significativo será lo que los agentes privados hagan al percibir la orientación de las autoridades.

En el tercer trimestre de 1985 el producto de la industria de la construcción se situó aproximadamente en el 50 % del nivel de 1973 y por debajo del de 1974, y sobre la inversión en general —de la cual la construcción suele ser un indicador confiable— probablemente pueda decirse lo mismo. Recuperar la economía uruguaya no significa otra cosa más que modificar drásticamente este estado de cosas. Cuando decimos que el Presidente y su partido deben actuar ya, queremos decir que deben crear las condiciones para un resurgimiento de la inversión. Si esto se consigue, todo lo demás, **grosso modo**, **vendrá dado por añadidura**. El déficit se reducirá a proporciones manejables, ya que el actual nivel deprimido del producto es lo que mantiene baja la recaudación, pese al sensible, e intrínsecamente indeseable aumento de la presión fiscal. Y las exportaciones van a recuperarse igualmente, pese a todos los pesares del neoproteccionismo, porque el factor limitante **hoy** debe presumirse dentro del país y del lado de la oferta, y no en los mercados mundiales y en las barreras de distinto orden que entorpecen el acceso de nuestra producción (por más que **mañana** éste pueda ser el problema principal).

La gente piensa en planes sectoriales cuando se habla de reactivación, pero la reactivación **vendrá** si, y sólo si, se restablece la confianza en el marco institucional en que los agentes deben moverse, y en la sensatez y previsibilidad de la política económica.

Llevamos años sin un sistema jurídico-judicial que permita exigir el cumplimiento de los contratos privados. Y el año pasado vimos dictarse legislación de gran trascendencia dedicada a reescribir los contratos privadamente acordados. En tales circunstancias, pensar en recuperar la inversión sería ilusorio. En la dirección de corregir ese estado de cosas está el camino, el camino del realismo, el que el Presidente y su equipo deben emprender sin tardanza, **resueltamente**, y con las banderas desplegadas.